
TRES

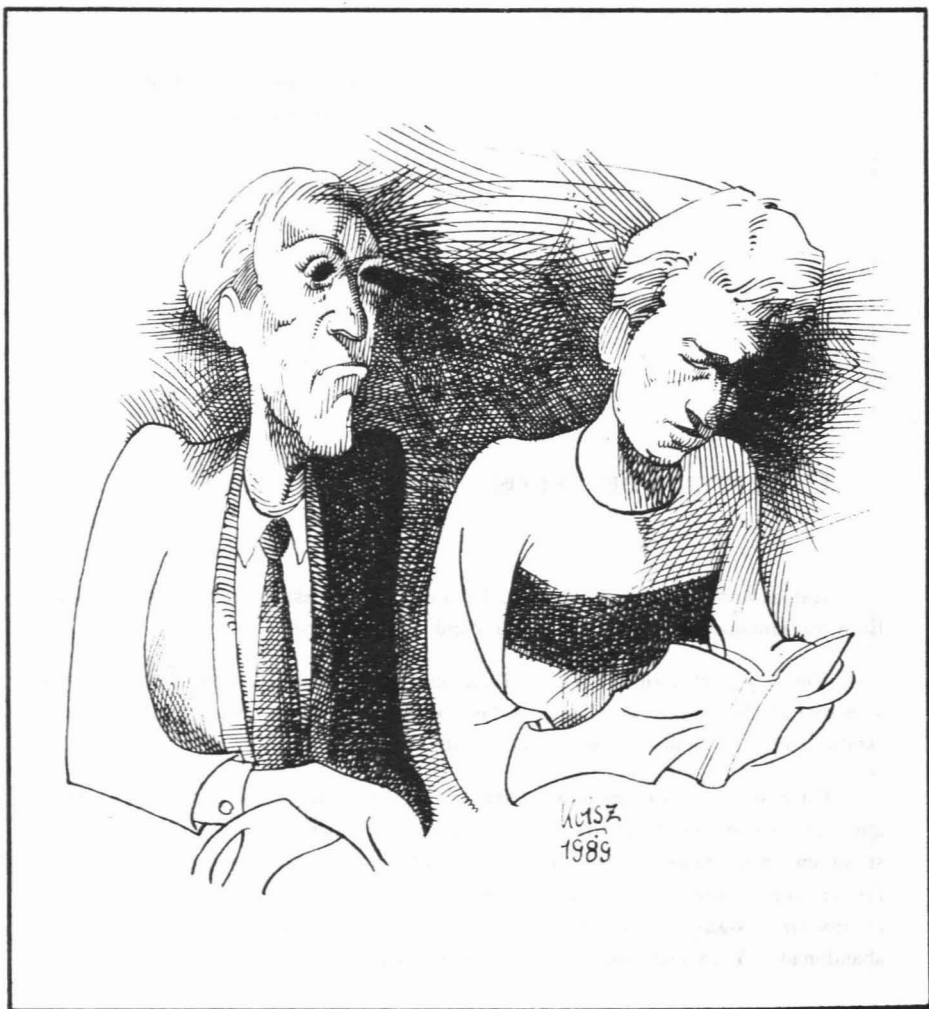
Jesús Monterrubio García
(Universidad de Alcalá)

CEMENTERIO DE CIEGOS

Había vuelto. Venía a morir. Lo sabía. Y no estaba triste. Sólo cansado. Eran ya muchos años de estar fuera dando vueltas por la vida.

Venía por el Camino Viejo. Traía una chaqueta descosida, llena de polvo y manchas de resina. Al llegar a las primeras casas presintió que el pueblo estaba vacío. Él venía a morir y ya está.

Cuando se acostó aquella noche al resguardo de la pared de adobe pensó que era una noche tranquila y hermosa. A la mañana un grupo de pajarotas se lo encontró muerto. Pero no dijeron nada. Sólo graznaron y se fueron. Eso fue en septiembre. En octubre vinieron a morir otros dos viejos. Y durante el invierno siguiente llegaron siete viejos más a morir en aquel pueblo abandonado. Y lo que son las cosas, todos estaban ciegos.



AHOGADO

Tarde gris y fría y lluvia. Lloro hasta llenar la bañera; luego meto la cabeza dentro y me ahogo.

Se me ocurren dos cosas: a) estoy realmente ahogado, b) estoy soñando que estoy ahogado. El punto a) es poco probable. El punto b) de lo más simple. Quedaría una tercera alternativa a mitad de camino entre las dos anteriores, y además con un sesgo poético: estoy ahogado en lágrimas. Demasiado pedante.

Empecemos: Me ahogo en la lluvia de la tarde. No.

A ver así: Lluve. Las goteras están ahí desde el año pasado. Se me llena la habitación de charcos. Me caigo en el que se forma al lado del armario y me ahogo. No está mal.

Claro que, si me ahogo de verdad, se joroba el invento. Habrá que imaginar algo. Un traje de submarinista, por ejemplo. O un sistema de respiración branquial. Sí, hombre, y sirenas complacientes que me esperan en el fondo. No te jode.

Estoy hasta las narices. Esto no hay quien lo aguante. He decidido que me ahogo y me ahogo. Por si acaso alguien no se ha enterado aún: ME A-HO-GO. Y sin lágrimas, ni goteras, ni patrañas de ningún tipo. Con agua del grifo, como debe ser, y en la bañera grande. Me hundo hasta el fondo. Estoy ahogado. (De vez en cuando asomo la nariz para respirar un rato).

EL TIO PINTO

Por la tarde salgo a la puerta de la calle y me siento en la silla de paja. Con el tío Pinto. No hablamos. Él mira la calle abajo y yo leo. El libro que leo tampoco tiene diálogo. Nos entendemos bien. Supongo que se está poniendo el sol o así. Todo está justo donde tiene que estar. Las esquinas son justo las esquinas que debe haber. Las voces son justo las voces que se deben oír. La gente sale a las puertas como nosotros: la calle se va llenando de corros. Y como me voy quedando sin luz, levanto la cabeza y ayudo a mirar la calle abajo al tío Pinto. Nos entendemos bien.